

EUROPA Y EL MUNDO



Por **MANUEL GARZON PAREJA**
Profesor Agregado de Geografía
e Historia del Instituto femenino
de Granada.

¿GEOGRAFIA O FILOSOFIA?—Lo de menos es la consideración geográfica de Europa, que el azar colocó aquí o allá y dotó de más o menos riquezas. Como continente más bien habría que considerarlo en un desfavorable sentido, pues si está en la zona templada y tiene riquezas naturales, *todo sería bien poco* para estimar estas circunstancias como fundamentales para la configuración cultural y moral de todo un continente. Ciertamente que el espacio geográfico es pequeño y que su cultura no es siquiera la más antigua, pero, ¿qué fue en otras tierras de esa antigüedad sumida en el letargo contemplativo frente al dinamismo de pensamiento y acción que representa Europa?

De este dualismo hecho unidad surge su cualidad básica: la insatisfacción. Ella supone inquietud, supone falta de conformidad y es inevitable en la carrera del progreso. Es verdad que en nuestros días otros países comparten esta inquietud, pero ¿de quién la han tomado?

Hay, no obstante, quien ha pensado que aunque así fuera ayer, hoy Europa no es más que Historia, sin que nada nuevo tenga que aportar a la cultura. Efectivamente, si la mentalidad europea no fuese una cosa común y su no conformismo fuese cualidad transitoria, bien podría pensarse que su pasado le había hecho acreedora a un bien ganado desconsuelo y que su papel había dejado de existir. Mas porque no queremos dejarnos llevar de un conformismo enervante, nosotros debemos plantearnos seriamente la cuestión de si todavía Europa es o puede seguir siendo el mundo creador que fue desde los griegos.

Por lo pronto, hay algo creado y definido por nuestra cultura que no es cosa de ayer o de hoy, porque es permanente en el hombre. Ningún pueblo antes supo conocer y, por supuesto, valorar, esos conceptos de tan difícil sustitución como son hombre y derecho. Grecia, Roma y el cristianismo andan envueltos en esta nuestra filosofía común que ha creado ese otro concepto tan sonoro y tan querido, que se llama Libertad.

Ninguno de los conceptos dichos se ha hecho una mera impronta cultural cuya huella se nos pueda quedar más o menos diluida en el curso de los siglos, sustituida por una nueva forma de ser o de actuar, porque la vigencia de unas normas y la estructuración de un pensamiento, es algo más que una mera filosofía, porque constituye la esencia y fundamento divino del individuo, no en cuanto a personalidad na-

cional o política sino en cuanto al ente intelectual que hizo de tal sustancia el cristianismo.

En el terreno de las ideas religiosas, son tan diferentes los conceptos cristianos asimilados y difundidos por los europeos, que resulta imposible por antinatural, la conculcación de unos principios que no se limitaron a saltar sobre ideas o ritos diferentes, sino que plantearon las cosas desde puntos de vista tan impersonales y tan ciertos que su vigencia de principio será tan eterna como el hombre.

Por lo pronto el cristianismo tomó el Bien como origen y no como algo que aun no fue posible encontrar, y haciendo de la virtud actividad, concreta en su vida diaria guiada por la fe de lo absoluto desconocido, el concepto profundo de esa tremenda responsabilidad que constituye la libertad.

San Agustín la hizo definitiva con la frase "Ama a Cristo y haz lo que quieras" porque ninguna cosa puede decirse al hombre que tenga un más profundo sentir ni que plantee más cuestiones de conciencia, frente a cada una de las actuaciones o de los problemas diarios, y ni siquiera cuando estos problemas o cuestiones quieren separarse del sentido cristiano y revestirse de ropajes altisonantes de Libertad o de Justicia, pueden tomar otro camino que la esencia y la inspiración que les dio el cristianismo y que ha hecho consustancial la cultura europea.

Sin embargo, de las doctrinas, religiosas o políticas, el europeo se resistió siempre a la idea conservadora, que se mostraba más adecuada para el mantenimiento de unos principios que parecían un logro irremplazable, sino que, por el contrario, y para evitar el estancamiento, todos los valores del pensamiento han estado siempre en situación de permanente crítica que evitara el posible desplazamiento de esos ideales de libertad tan entrañablemente arraigados en los europeos.

Aparentemente parece esto un estado de inseguridad en la afirmación y, por tanto, el escaso valor de lo afirmado, pero lo realmente cierto, es que una parte de nuestra verdad es que ésta nunca puede ser totalmente lograda, pues si la libertad, pongamos por caso, es verdad incuestionable, sucede a veces, que los hombres y las instituciones que la defienden, pueden llegar a su negación por esa misma defensa que se proponen.

Cierto que el espíritu de libertad humana es una especie de autofidelidad y que las limitaciones saltan incluso contra los propios deseos, pues cuando es la propia vida quien nos coloca en la encrucijada de la resolución de nuestro propio porvenir, ¿quién podrá limitar los deseos, ni qué consejo, moral o coactivo, podrá desviar nuestro particular destino?

Por eso, cuando los países avanzadamente socialistas se aferran al sentimiento de que la restricción de la libertad individual se hace en beneficio de la mejora económica, debemos seriamente pensar que no es, ni aun así, conveniente, pues dada por supuesta esa mejora, ¿quién podría evitar el aplastamiento del individuo por el peso brutal de la burocracia de un Estado-propietario?

Es precisamente por ésta y otras razones, por las que Europa, conservadora del fuego sagrado de los valores del individuo, tiene su papel imperturbable en los actuales momentos de desprecio de la libertad, unas veces por sátrapas de equivocada monstruosidad exhibitoria, otras porque también dentro de su propio ser, individuos de mal reprimidos instintos conculcan y pisotean con su desenfreno ilusorio, los auténticos fundamentos de la libertad, haciendo cárcel de su miedo, o burdel carcomido de miserables limitaciones, la corriente limpia del intelecto humano. No era menos libre el campesino feudal, sumido en la meditación contemplativa de su aislada ca-

sucha que quien, habitante en la ciudad rutilante, navega en la posible estrechez de la masa económica, uniforme y gris de nuestros días.

He aquí uno de los peligros del progreso, que limitando nuestro tiempo con la endiablada manecilla del reloj, hace aun de nuestro escaso ocio un problema de insatisfacción y de pecado que transforma el necesario descanso en fomento de la irresponsabilidad y del vicio.

El endurecimiento del individuo, cada vez más alejado de la naturaleza y encerrado en las cárceles modernas que son las barriadas en serie o el imperativo económico, le transforman en hosco e insaciable ser que por la ambición de inalcanzables metas se torna en individuo de huraña concreción, cuya circunstancia se ha hecho incesante trueque entre sociedad y yo o yo y sociedad, y el campo de la insatisfacción y del fracaso se hace inacabable porque los escasos triunfos conseguidos se hacen tan amargos que sólo parecen exiguo y tardío tributo a nuestro propio valer.

Y así, creyendo vanamente que nos liberamos de vagos fetiches, ilusoriamente responsables de desgracias ajenas, se va montando la vida en fantasmales slogans, que al caer de forma inevitable se tornan en temidas tragedias de cabezas de turco, y con ellas el pesimismo inevitable y la angustia de nuestro tiempo. Por ello, cuando se dice que fracasan las instituciones olvidamos de continuo que no son ellas sino los hombres quienes fracasan, y que el constante sacrificio para todos que supone la creación de otras nuevas, no son sino los nuevos peldaños del fracaso.

He aquí la desilusión de tanto sistema y en nuestros días de los totalitarios, acabados casi siempre en horrores policíacos. Y nunca más que en ellos se puso una ilusión, que se torna en tanto más desesperanzadora cuanto más se desarrolló al principio. Es por esto también, que las revoluciones tumultuarias acaben devorando a sus propios hijos, muchos de los cuales no pudieron llegar ni al puestecillo de auxiliar administrativo a que fueron restringiendo sus ambiciones.

Tremenda convulsión de nuestros días la "herejía materialista" en cuya defensa tantos hombres de estas horas mueren sin saber lo inasequible de lo material por cuya defensa se afanan. Cuanto mejor no sería hacer profesión de fe de la modestia de responsable libertad que supone el "haz lo que quieras" agustiniano, haciendo relativización de lo absoluto.

Difícil definición, sin embargo, se hace para el hombre actual, de lo que se ha convertido en palabrería propagandística de lo que llamaríamos socialización de las conciencias, de términos que debieron ser tan claros como el bien y el mal, o lo verdadero y lo falso. Y se ha hecho así, en fuerza de utilizarse por todo y para todos, sin una responsabilidad de pensamiento y solo tomados como ocasión populachera y haciendo conversión de lo accidental en fundamento ilusorio da una propia afirmación.

Y así, movida gran parte de la Humanidad por endiosados oráculos, el hombre ha pasado de ser ente portador de valores, a número bochornoso de la masa, que no es sino la despersonalización del individuo y que ni siquiera exige que sea cuantiosa en número. "Multos, sed non turbas" escribió San Pablo, que al fin y al cabo quedó como "Apóstol de las gentes".

La masa es un peligro colectivo, no importa que sea homogénea o no, que vacífera o que se conduzca dócilmente. Lo peor de la masa es la búsqueda del mito, la despersonalización que todo lo arrolla, sin saber que al arrollar a los demás, está cavando su propia tumba.

AHORA.—Suponiendo la crisis ideológica de Europa que todos nos predicen, nadie nos negará nuestro principio de la inquietud europea para una continua elaboración del pensamiento, porque hemos visto cómo la rebeldía es una de sus constantes y que no es esta la primera como no será la última de sus crisis. Cualquiera de ellas hubiese podido determinar un derrumbamiento y de todas salió. Lo hizo tanto de las luchas religiosas que parecieron marcar el "delenda" o de la transformación económica de la revolución industrial. Convengamos, pues, en que la de ahora no es sino una más, profundamente grave si queremos, pero también con posibilidad de salvación aunque ciertos obstáculos sean por ahora invencibles porque están paralizados en la lucha de dos colosos extraeuropeos.

Nuestro primer paso ya se está dando con la integración. Saber sobreponerse al instinto de lo nacional, ya es una actividad creadora que se diluye y acrecienta haciendo una responsable autolimitación de lo que deben ser sus propias actividades. Es por esto que los estados, reflejo de sus individuos, están cediendo atribuciones de la soberanía, considerada hasta ayer como fundamental, no para caer en un feudalismo a destiempo sino precisamente para salvar el patrimonio irremplazable de la libertad del individuo.

Cierto que todo esto no está libre de un nuevo mesianismo o fetichismo concentrado a cosas estrictamente económicas que pueden nublar lo que debe ser su principal objetivo y que solo un desarrollo del concepto individual de lo responsable puede hacer fructíferas, pues si los experimentos socializantes del Occidente de Europa no trajeron en sí la felicidad de los individuos, mucho menos la han llevado a los países donde la propiedad fue a manos del Estado, creando esa monstruosidad inhumana del colectivismo que mucho menos llevó al individuo a la meta económica de la felicidad. El volver aquí a los principios facilitando nuevamente el retorno a una incipiente propiedad individual, dice mucho en favor de quienes se dijeron en crisis porque hicieron de la propiedad un bien de uso e instinto social y no confundieron el mal uso con la efectividad del principio.

Pero todas esas ideas y organización, dicen algunos países, se las pueden permitir las naciones ricas pero no las que acaban de llegar a la independencia. Ya hemos hablado de las relaciones de Europa con el mundo subdesarrollado, pero hemos de insistir ahora, puesto que, sentadas las bases económicas, el campo de las ideas debe responder a la mentalidad directiva que haga posible ese desarrollo de la economía y definitiva elevación del nivel de vida.

De todas formas este es, por muchas razones, quizá el principal y más difícil problema con que Europa deba enfrentarse ahora, y esto no sólo por su pasado colonial sino porque tal vez y a pesar de ello, no sean ni Estados Unidos ni Rusia quienes deban hacerlo.

Las dificultades del problema, aunque muchas, nosotros las polarizaríamos en dos fundamentales: de una parte, el estado de total retraso en que han vivido estos pueblos durante siglos y que los hace presa fácil para cualquier política totalitaria, como ya ocurrió en Rusia. De otra, la virulencia de un nacionalismo que, de principio, debiera resultar inoperante, no sólo porque lo económico estemos viendo que supera lo nacional, sino ni siquiera por el valor de esas fronteras que con ardor defienden y que no fueron sino resultas de divisiones entre pueblos blancos, y que hoy mantienen y se aferran con argumentos coloniales cuya vigencia parecería lamentable.

El otro problema es creer que la técnica es una cosa que puede tomarse de cual-

quier parte y trasplantar cómodamente a cualquier lugar, lo que no solamente no es así, sino que precisamente los pueblos cuya tradición es precisamente la cultura, han de estar en permanente vigencia de revisión. Y al hablar de la palabra cultura no lo hacemos con una mayúscula propia del frontispicio elocuente de los oradores del siglo XIX, sino con una minúscula que se nos hace símbolo de la callada y casi siempre desinteresada investigación, tantas veces transcurrida en un olvido ignorante de éxitos. ¿Quién reemplazará esta labor?

Empecemos por dejar que las aguas vuelvan a sus cauces y convenzamos después a quienes nos odian pero nos necesitan, que la cultura está aquí, entre nosotros, y que no se puede tomar como niño caprichoso esta o aquella manzana de mayor tamaño, no sólo porque pueda ser la más verde, sino porque puede que al organismo no le vayan bien las manzanas.

Dejémosles, pues, que adquieran primero y con nuestra ayuda el concepto de dignidad colectiva que poco conocieron hasta ahora; hablémosles después de que es lamentable luchar por esa libertad para caer después en esclavitudes peores y de las que es más difícil salir; hagámosles ver también entonces, que el nacionalismo a ultranza es cuestión que si entre nosotros tuvo vigencia y de nosotros lo aprendieron, somos precisamente nosotros quienes estamos terminando de superar las últimas consecuencias de tan lamentable actitud.

Más con ser grande el problema de enfrentarse con países en la plenitud del subdesarrollo, no es menor el pensar que tanto problema como envuelve al mundo, no es sino el claro síntoma de que vamos forzosamente a emprender un nuevo camino. No se trata de cambios de forma o de políticas, que cada vez importan menos, sino que tenemos que enfrentarnos clara y decididamente con el establecimiento de todo un nuevo orden social.

Y pensando en esto, se nos hace oportuna la creación de la unidad europea, que como tantas veces, será punto de partida y norma fundamental de esa nueva estructura social en la que difícilmente podremos pensar en nacionalismos de viejo cuño, que no resuelven más que actitudes de momento. Pueblos y sistemas han de hacerse unidad y confianza para enfrentarse con cuestiones que no resolverán estructuras elementales.

El mundo vive la angustia de unos momentos de crisis de transformación, cuyo final es difícil predecir aunque algo se pueda vislumbrar. Ignoramos si la etapa de transformación será más o menos larga ni las incidencias que aun puedan aguardarnos, aunque el final quizá haga posible que por una evolución general de la cultura humana, esa uniformidad de que cada vez más vemos vestirse al mundo, se haga extensiva a todas las actividades del hombre en cualquier lugar de la Tierra.

Parece difícil, que tal como hoy el mundo vive pueda pensarse en que las cosas puedan ser algún día así, cuando minucias sin cuento se toman a diario como motivo de resquemores o de chantajes, y las bombas, superbombas y toda clase de artefactos guerreros, más o menos ingeniosos en el exterminio total o parcial de la Humanidad, están al alcance y al arbitrio de tantos arribistas irresponsables de la política, que en cualquier momento de bilis pueden hacer juguete de los hombres.

En estas circunstancias, y según venimos diciendo, nuestro papel debe ser contribuir no ya en la medida de nuestras fuerzas materiales, sino con la capacidad de nuestras ideas a la elaboración de ese mundo en el que, por fuerza, habrán de ser abandonadas cualquier clase de supremacías, aunque bien se nos alcanza hasta que punto la cultura de Europa deberá asumir un papel importante, pues no se trata de

volver a las disputas localistas en que hoy se encuentran envueltos tantos pueblos, sino a la organización de esa vida nueva de comunes necesidades y afanes.

La tradición cultural europea no es mero pasatiempo y lo que el mundo le debe de progreso y lo que aun pueda aportarle de ponderación, es algo que nunca podrá agradecerle bastante la humanidad. Precisamente de sus aciertos y también de sus errores pasados, de su rebeldía y de su recatada supremacía espiritual, es mucho lo que puede augurarse para el porvenir común.

No olvidemos, sin embargo, que algún foráneo puede argumentar —si es capaz de conocerlo— que la cultura de que se enorgullece Europa, no fue originariamente suya, que Asia Menor y Egipto tienen algo que ver en la numeración, el calendario, la escritura, la moneda y tantas otras cosas que han sido base de perfeccionamiento posterior. Mas ¿qué mejor respuesta para ello, que precisamente eso? Cerca lo tuvieron muchos, y no solamente entonces sino después.

Los cruzados la trajeron y llevaron de acá para allá, pero qué diferente sentido tuvieron las cosas que de Oriente vinieron: el arco apuntado se hizo característico de la revolución gótica, y la aguja imantada se hizo brújula de navegantes que descubrieron continentes. Por eso, no fue a través de ellos sino nuestra, por lo que el mundo conoce y posee la única cultura, la que hace auténtico el sentido de la palabra.

Sin embargo, con todo ese bagaje de conocimientos, de perfeccionamientos y de alardes técnicos, poco podría hacer la Humanidad si no fomentase el concepto de esencia moral y de los valores del espíritu, que será lo que pueda conseguir el fundamento de la unidad. Y aquí está una fundamental iniciativa de Europa. A ello se había adelantado a mediados del siglo anterior la iniciativa de Augusto Comte con su Comité positivo occidental.

Las armas de esta corriente renovadora no serán los ejércitos ni la destrucción sino que habrán de ser la educación del sentido religioso y moral tan necesario para el mundo angustiado de nuestro tiempo. Y qué duda cabe que con la expansión del impulso espiritual se conseguirán grandes cosas, que no son los ejércitos de éste o aquel megalómano quienes dejaron huella imperecedera, sino cosas de tan modesto origen como el Evangelio que se fraguaba en un territorio sin historia y sin valor, mientras se iniciaba la grandeza del Imperio Romano con la figura triunfadora de Octavio.

Europa, que ya ha dado el gran paso de desprenderse de sus colonias, pueda ahora predicar un ejemplo de desinterés que ha de abrirle un lugar seguro en la estructura de esos pueblos cuyas tierras ayer fueron suyas, y a los que hoy llegan voces interesadas de los dos bandos, entre los cuales nuestro papel de tercera fuerza no es ni puede ser más que el de esta fuerza moral y civilizadora. Nunca podrán ya nuestros ejércitos competir con los de Estados Unidos o Rusia. Esta debe ser nuestra convicción, porque con ella y nuestra fuerza creadora y moral, tendremos siempre el lugar que el cristianismo y la Revolución francesa tuvieron entre el mundo que los combatían.

De cualquier forma, los problemas de cada día no son insignificantes ni el porvenir tan claro como para que a todos no preocupe en forma agobiante. Europa, densamente poblada, no podrá acrecentar su población en el espacio de cincuenta años sino hasta los 750 millones de habitantes. Asia tendrá para entonces unos 2.500 millones. ¿Qué será frente a esto cualquier minucia nacionalista o política de la hoy en uso? No importa ante el problema tal o cual predominio nacional, ni quien pre-

tende alzarse con sus ideas o ambiciones privadas, porque un problema tan general lo irá arrasando todo. A él, pues, hay que prestar auténtica atención y Europa tendrá, cómo no, opiniones muy consecuentes que decir, porque ella habrá sabido desprenderse de todo cuanto ha venido complicando hasta hoy sus asuntos. También porque en ella han nacido Clístenes, Aristóteles, San Francisco de Asís y tantos otros que han propagado las ideas de comprensión y fraternidad.

DÍA DE EUROPA 1968

El pasado 5 de mayo se celebró el "Día de Europa", instituido en 1965. A él se asociaron los Centros de Enseñanza Media, entre los que se distribuyó un folleto del Consejo de Europa, cuyo texto transcribimos:

CADA año, en el mundo, los ciudadanos de las naciones viejas y jóvenes celebran los grandes momentos de la historia que ha forjado su país: fiestas nacionales, aniversarios de batallas y de victorias, fiestas de la libertad adquirida o de la unidad recobrada.

¡La unidad! A pesar de los progresos que nuestro continente ha hecho sobre sus caminos, los europeos no la habían podido celebrar nunca. En 1964, los 18 países del Consejo de Europa adoptaron la idea de un "Día de Europa" que simboliza la comunidad de esperanza y de ideal de sus pueblos.

Así, el 5 de mayo de 1965, los colores de Europa fueron izados al amanecer de este primer día conmemorativo, dieciséis años exactamente después de la firma del Estatuto del Consejo de Europa en Londres.

Desde entonces, las manifestaciones que marcan el "Día de Europa" se han multiplicado y diversificado. De un extremo al otro de Europa, plazas y calles de ciudades y pueblos han recibido el nombre de Europa o el de adelantados de su unidad. Cada año, reuniones, conciertos, exposiciones, debates, festivales cinematográficos e incluso desfiles se han organizado con el tema de Europa. La bandera de Europa (un círculo de doce estrellas de oro sobre campo azul) se iza en esta ocasión sobre los edificios públicos a los lados del emblema nacional.

Sin embargo, si queremos que el "Día de Europa" sea realmente un símbolo de las esperanzas y de los ideales de nuestros pueblos y no solamente una ocasión suplementaria de festejos, debemos recordar que la unidad europea está lejos de estar terminada. Europa debe todavía hacer frente a numerosos y vastos problemas de los que los más importantes, no son siempre los que ocupan la primera página de los periódicos.

Comparada con las regiones pobres del mundo, Europa es, desde luego, una zona privilegiada y próspera. Las ruinas de dos guerras mundiales mortíferas han sido reparadas y, a pesar de algunas crisis ocasionales, la cooperación pacífica es la nota dominante de las relaciones internacionales. Los niveles de vida nunca han sido más elevados, el Mercado común y la Asociación europea de Libre-Cambio, son hoy dos de los grupos comerciales más importantes del mundo. El hambre, el analfabetismo y las epidemias han desaparecido y, veinte años después de la declaración universal de los Derechos del Hombre de las Naciones Unidas, Europa, gracias a la Convención europea de los Derechos del Hombre, es la única región del mundo que dispone de un aparato jurídico para la protección internacional de